

PORVENIR DE LAS COMUNIDADES RELIGIOSAS

EN ESPAÑA.

ARTÍCULO 1.º

El origen, naturaleza y objeto de las comunidades religiosas, lo examinamos extensamente en otro lugar (1). Allí quedó demostrado á la luz de la filosofía y de la historia, que los incrédulos y los protestantes al condenar estos santos institutos desconocían la religión, la sociedad y el hombre. Algo indicamos también de nuestra opinión sobre el error de los que creen destruido para siempre lo que tiene reservado un ancho porvenir; mas como quiera que entonces hablamos en general, y que el carácter de la obra exigía más bien investigaciones históricas que pronósticos y conjeturas, todavía nos queda mucho que decir bajo este aspecto, mayormente aplicándolo con especialidad á nuestra España. Según el juicio que cada cual forma sobre la suerte de las obras de la revolución, divídense las opiniones en lo tocante al porvenir de las comunidades religiosas. Los que esperan ó temen una restauración más ó menos cumplida, miran como una de sus consecuencias el restablecimiento de las mismas; y los que se prometen ó temen que la revolución será invencible en sus efectos, y que no es posible deshacer lo que ella ha consumado, consideran como cosa muy difícil, y poco menos que contradictoria, el renacimiento de lo que murió á mano airada

(1) Véase el tomo tercero de la obra que publicó el autor titulada: *El Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilización europea*; desde el capítulo 38 hasta el 47, ambos inclusive.

y de una manera tan estrepitosa. No compartimos el parecer de unos ni de otros; en nuestro juicio, volverán á brotar en el suelo español las comunidades religiosas bajo una ú otra forma; y este hecho que se está verificando en todos los países, aun los más trabajados por los huracanes de la revolución, se realizará en la católica España con mayor extensión, grandor y prontitud que en otras partes, tan luego como cese el dominio de la fuerza, y se establezca y consolide un gobierno. Y cuando de gobierno hablamos, prescindimos de la forma; sólo nos referimos á una situación regular, que ofrezca algunas garantías de orden, y que no consienta que se atropelle la libertad individual como se ha hecho hasta aquí, ora por los desmanes de asalariada plebe, ora por el despotismo de gobiernos que oprimían y tiranizaban apellidando libertad y ley.

Suponiendo sancionadas las destrucciones de la revolución y consolidadas sus obras y que el gobierno regular que en tiempo más ó menos lejano se establezca, sea nacido de los poderes y de las formas creadas por ella, todavía creemos que renacerán las comunidades religiosas, sin designio por parte de dicho gobierno, sin que les dispense ninguna clase de protección; antes al contrario, á pesar de la desconfianza con que las mirará, de los embrazos que les suscitará, y hasta de cierta resistencia que les opondrá; todo siguiendo las inclinaciones y los instintos de la madre que le habrá dado el ser y le habrá criado en su seno. Todo gobierno nacido de una revolución, adolece un tanto de achaques y celos revolucionarios. Tal es la naturaleza de las cosas.

¿Cuál será la forma de las comunidades religiosas que aparecerán en España? Difícil es decirlo, si en esta forma vienen comprendidos los nombres, los trajes y los pormenores de la regla; pero si la palabra se toma en acepción más elevada, si se trata únicamente del objeto á que se destinarán y de aquí se intenta deducir su carácter distintivo, entonces es más fácil responder á la pregunta, aventurándose á conjeturas no destituidas de fundamento.

Recordaremos aquí lo que expusimos y demostramos extensamente en el lugar arriba citado; á saber, que las comunidades religiosas eran un producto espontáneo de la misma religión; que en su esencia eran idénticas, bien que su forma sufría modificaciones acomodadas á las circunstancias de lugar y tiempo, sobre todo al objeto peculiar y característico á que cada cual se destinaba. Probamos también que la historia enseñaba, que dichas comunidades habían tomado siempre una forma conveniente para satisfacer grandes necesidades de la religión y de la sociedad. Asentados estos principios tenemos la clave para adivinar el porvenir.

En primer lugar es cierto que los institutos religiosos renacerán, allí donde se conserve la religión: y como en España fuera insensato el proyecto de extirparla, bien podemos asegurar que la causa producirá su natural efecto, más ó menos tarde.

Dos grandes necesidades aquejan á la sociedad actual: un retiro para los fastidiados del mundo, y un freno para la plebe. La sed de goces que devora á la generación de nuestro siglo, acarrea más pronto que en otros el cansancio, el tedio, el hastío de gozar; el espíritu se abate y se postra después de haberse fatigado en pos de mentidas ilusiones; y para colmo de desesperación viene á secarlo todo, á deshojarlo todo, una literatura que á lo inmoral é inundo reúne el defecto que no se le achaca, y que sin embargo es de los mayores de que adolece: el no tener entrañas. Disminuye el bien, exagera el mal; finge sin pudor cuando no le sufraga la realidad; y cuando ésta se la brinda con hechos positivos, cuida de presentarlos bajo el aspecto más negro, más asqueroso, más desconsolador y desesperante. Al mozo de 25 años le cubre la cabeza de canas, y no las canas que anuncian prudencia y reposado juicio, sino las que abrigan suspicaz desconfianza, desprecio de los demás hombres, tedio de la vida, mundo sin ilusiones, recuerdos punzantes, tinieblas sin un rayo de luz, males sin remedio, dolores sin consuelo, porvenir sin

esperanza. Entregarse á nuevos goces es inútil para distraer el entendimiento y minorar la pesadumbre del corazón: los resortes están gastados, el alma está rendida y floja; sólo una nueva vida podría remozarla. La embriaguez del deleite, y el encenagamiento en sus más repugnantes lodazales, sólo produce una tregua de momento: como el ebrio que ahoga sus pesares con vino, se halla al despertar á la mañana siguiente, con la triste realidad, cara á cara con su infortunio.

A este desgraciado, el mundo le dice «suicídete»; la religión le clama: «abandona un mundo que te abandona; retírate, llora tus extravíos en penitente soledad, y encontrarás el camino del cielo, cuyas dulzuras comenzarás á sentir ya en medio de las austeridades de la tierra.» El mundo impio y cruel se mofa de sus propias víctimas, las abandona á todo el horror de su suerte después que ellas le han sacrificado su honor, su salud y su fortuna. «Ya que no sirves para tomar parte en mis orgías, ahí está el mar que te tragará de muy buena gana, y me ahorrará la molestia de oír tus plañidos; ahí está un elevado picacho, una altísima torre de donde puedes derrumbarte á tus anchuras; ahí están los puñales, ahí el veneno, ahí el dogal, ahí las armas de fuego: y si eres cobarde, si no te atreves á ver la muerte bajo formas terribles, tiéndete sobre elegante y mullido sofá, cúbrete de tus mejores vestidos, respira delicados perfumes, lee brillantes páginas de un libro aterciopelado, y aguarda que el humo del carbón cierre tus ojos para no abrirlos jamás. En los momentos de soporoso delirio, murmulla todavía un nombre querido, y halágate con la grata esperanza de que al amanecer de mañana, cien y cien hojas publicarán tu trágica muerte, y pedirán al lector una lágrima para tus cenizas.»

La religión tiene más misericordia, la religión no deja nunca sin esperanza: el error y el vicio, la mentira y el crimen, no carecen de perdón, mientras el culpable vive sobre la tierra. Levantar los ojos al cielo y decir compungido: pequé, basta para lavar las mayores iniquidades.

La postración de espíritu, los malos hábitos, las llagas más rebeldes, todo cede á la eficacia de los remedios que el Señor confió á su Iglesia. El arrepentido puede salvarse en todas partes; pero si se resuelve al acto heroico de abandonar el mundo, si pasa los umbrales del claustro colocándose allí á esperar la hora señalada para descender al sepulcro, entonces su corazón se siente aliviado, descargado completamente del peso que le agobiaba; un nuevo soplo de vida ha reanimado su rostro, el cielo brilla con nueva luz, y la existencia que se creía próxima á extinguirse se siente robusta y briosa, con aliento para avanzar con rapidez en los senderos de la virtud.

Estos recursos valen por cierto algo más que el suicidio; de esta manera se ahorra al desgraciado una catástrofe, á las familias el desconsuelo, una pérdida á la sociedad; y cuando la soledad del claustro no ofreciera otras ventajas, no sería para olvidada á los ojos de ningún hombre compasivo. En todos tiempos han necesitado de este retiro las almas afligidas que en medio de sus tribulaciones sintieron que descendía para ellas una inspiración sublime y consoladora; pero tal es la situación de los espíritus, tal el desarrollo simultáneo de todas las facultades del alma, tal el vacío que experimentan los corazones grandes, que si de aquí á algún tiempo se levanta en los desiertos una mansión sombría, donde se establezcan la austeridad y la oración, será objeto de viva curiosidad para esa juventud ardiente que busca un pábulo á sus sentimientos de llama, y no faltarán algunos que trocarán los placeres de Roma por el silencio y los rigores de la gruta de Belén.

En España más que en otras partes, se verificarían estas admirables transformaciones, que el mundo no comprende, y que sólo la religión explica; porque en este suelo clásico de fe y de piedad, la revolución no ha podido ahogar la semilla preciosa; no ha hecho más que cubrirla con escombros; pero allí se conserva abundante y viva para producir copiosos frutos el día que el sol de la gracia la hiera con sus rayos fecundantes. Mas no se crea que esto

nos pertenezca exclusivamente, también en otros países se observa el mismo fenómeno; en el proceloso mar en que viven sumidas las generaciones presentes, ojos cansados de buscar una playa donde se encuentre reposo y consuelo se vuelven á la religión y la miran con esperanza y cariño. Se ha sondeado el corazón humano después de quitada la religión, se le ha revuelto en todos sentidos, se ha pretendido descubrir su fondo, pero cuantos se han abocado á la tenebrosa sima han oído una voz dolorida que pedía un Dios. El genio del mal lo conoce y no se olvida de tomar sus precauciones. «Es necesario ir con tiento en eso de institutos y monasterios... esa juventud ardiente, poco satisfecha de sí y fatigada del mundo, se lanzaría con afán á ellos, ansiosa de saborear las impresiones religiosas.» Estas palabras se las dijo al que esto escribe un extranjero de distinguido mérito y no vulgar categoría; y el que lo escuchaba tomó acta de confesión tan explícita y franca; porque en ella venía expresado un pensamiento que compendia todo un sistema.

Digan lo que quieran los enemigos de la religión, se conservan todavía profundamente grabados en el corazón de los españoles los sentimientos cristianos; todavía oímos á cada paso recordar con entusiasmo mezclado de dolor, las visitas que se hicieron á los monasterios de la Cartuja y de la Trapa; todavía notamos que se echa menos el sabroso día que se disfrutó en una de aquellas sublimes soledades. El canto de los monjes, los resonantes ecos de silenciosos corredores, el mugido de los bosques cercanos, el vibrante y grave sonido de la misteriosa campana, el aspecto venerable de un anciano encanecido en la penitencia, el angelical semblante de un compungido novicio, la frente serena de la edad viril, anunciando un corazón brioso sojuzgado por la gracia, y una conciencia sin mancha ni remordimiento, son objetos que todavía no se han olvidado; y más de una vez se enciende la indignación en los pechos generosos al pensar que á tan santas mansiones se atreviese la impiedad con sus puñales y sus teas.

Establecimientos de grande abstracción, de mucha austeridad, donde se reuniesen hombres llamados por Dios para resucitar la vida de los primitivos monjes; encontrarían en el país las mayores simpatías; no habrían menester el apoyo del gobierno porque se lo suministraría con mucho gusto la piedad de los pueblos. Y esto se verificará tan pronto como el gobierno alce una prohibición que tan visiblemente se opone á la libertad que tiene cada individuo de entregarse al género de vida que considera más conveniente para servicio y gloria de Dios y santificación de su alma. Si se admite sin contradicción que el gobierno carece de facultades para impedir que se reúnan algunos individuos en una empresa industrial ó mercantil, si se deja á los ciudadanos en completa libertad para fijar su residencia donde mejor les agradare, si nadie ha pensado en vedar que se edifiquen casas en poblado ó en desierto, mientras no se dañe á la propiedad de nadie, y que en ellas vivan una ó más familias del modo que creyeren más conveniente, con tal que ni la moral ni los intereses públicos ó particulares no sufran perjuicio; ¿con qué derecho se prohibirá que se reúnan en la soledad algunos hombres para orar y ejercitarse en prácticas de devoción y de penitencia? Mientras no ataquen la propiedad ajena, ¿qué os importa que vivan de la limosna ó del trabajo de sus manos? Bien necesario es que la impiedad haya trastornado lastimosamente las ideas introduciendo las preocupaciones más chocantes ó injustas, cuando se hace necesario insistir sobre verdades tan claras, tan evidentes, tan sencillas.

Que la codicia se cebe en pingües patrimonios, y procure por todos los medios posibles apoderarse de ellos y conservarlos, lo concebimos muy bien; que el gobierno arrebatado por el torbellino de la revolución y cegado por el frenesí de la impiedad, se arroje á pasos injustos y se preste á servir de instrumento á pasiones ignobles, tampoco nos es incomprendible; pero que pasado el calor de los primeros momentos, y establecido un gobierno regular,

se intentase proseguir en un sistema de suspicacia y desconfianza, desconocidas en todas las naciones católicas y hasta en las protestantes, que bajo el nombre de libertad se quisiese continuar oprimiendo las conciencias, no dejando respiradero á las creencias de la nación, esto fuera una aberración incalificable, un despotismo irracional, una vejación sin motivo ni pretexto, un insulto hecho á la religión de los españoles, un empeño de prolongar un estado violento y por consiguiente poco durable.

La voz de los hijos de San Ignacio y de Santo Domingo de Guzmán resuena en las catedrales de la Francia, con gloria de la religión y con provecho de los fieles y de los incrédulos. Cuando se anuncia un sermón de Ravignan ó de Lacordaire, acude al templo una inmensa muchedumbre que no bastan á contener las más espaciosas basílicas. En aquella misma capital donde fueron calumniados los institutos religiosos durante largos años, de la manera más escandalosa, allí donde se firmaron los decretos de su proscripción, allí se presentan los individuos de las odiadas religiones, atrayendo con el encanto de su elocuencia, convenciendo con la fuerza de sus razones, dominando y arrastrando con el fuego y la energía de su palabra. A oírlos acuden las primeras notabilidades de la Francia, mezclados con una juventud que siente la imperiosa necesidad de llenar el vacío que en su espíritu dejara la irreligión; allí acuden para oír y admirar á hombres cuya vida y palabras son la más elocuente protesta contra las pérfidas calumnias de una filosofía, que después de haberse manchado con las más crueles injusticias no dejó sobre la tierra más que escepticismo y desesperación. En vano se alarman los volterianos, en vano levantan su voz, en vano se oponen á que triunfe la causa de la verdad: Dios ha soplado sobre la tierra, y la faz de la tierra será renovada. El espíritu del mal nada puede contra el Todopoderoso: la Francia ha visto ya ruidosas y admirables conversiones, y las está viendo todavía, el claustro le quita al mundo reputaciones ilustres; que el Señor de las misericordias no

se ha olvidado de que la patria de Voltaire fué también la patria de San Luis.

En la protestante Inglaterra, en aquel reino donde se conserva todavía dominante el cisma de Enrique VIII, renacen también las comunidades religiosas: en Londres mismo están los Jesuitas, esos Jesuitas cuyo solo nombre exaltaba en otros tiempos la cólera del gobierno inglés y levantaba la persecución. Otros institutos van estableciéndose de nuevo en aquel país; y numerosos conventos de mujeres están edificándolo con sus virtudes, y con su celo en educar á la infancia y en consolar al infortunio.

¿Por qué no se ha de verificar también lo mismo entre nosotros, en la patria de Santo Domingo, de San Ignacio de Loyola, de Santa Teresa de Jesús, y de tantos insignes fundadores? ¿Por qué el pueblo católico por excelencia se ha de ver privado de lo que disfrutaban los pueblos protestantes? ¿Por qué ha de continuar ese abismo que nos separa de nuestros mayores, que ultraja nuestras creencias, marchita nuestros más hermosos recuerdos, y nos presenta á los ojos del mundo como avergonzados de nuestra religión, de nuestras tradiciones, de que pertenecemos á la nación que se adquirió un renombre inmortal por la adhesión á la fe y á las santas prácticas é instituciones de la Iglesia Católica?

Que no es verdad, nó, que tal sea la voluntad de la nación: que no es verdad, nó, que tal desee, ni aun consienta la inmensa mayoría de los españoles; nó; el pueblo español no ha quemado los conventos ni degollado á los religiosos; el pueblo español no se ha hecho cómplice de tamañas iniquidades; el pueblo español las ha visto con dolor, con profunda pesadumbre, sin poder evitarlo; porque desgraciadamente la historia y la experiencia enseñan, que en tiempos agitados y turbulentos lo que domina no es la voluntad de los pueblos, sino las facciones más inmorales, compuestas de cuanto la sociedad abriga de más abyecto y dañino.

El mismo curso de la revolución ha venido aclarando los

hechos, desmintiendo las calumnias, manifestando lo siniestro de las intenciones, descifrando el misterio de tanta declamación contra los cuantiosos bienes, contra la relajación de los frailes, dejando sin máscara á los hombres que más se distinguieron por su celo destructor. ¿Dónde están los bienes de las comunidades religiosas? ¿Qué provecho ha sacado de ellos la nación española? ¿Qué contribuciones se han disminuído? ¿Qué ramos de riqueza se han vivificado? ¿Qué necesidades se han satisfecho? ¿Qué deudas se han extinguido? ¿Qué infortunios se han consolado? La nación lo ve, lo palpa; la realidad se le presenta de una manera tan cruel que de ella no podría apartar los ojos aun cuando quisiera. Después de tantas promesas, después de tan lisonjeras esperanzas como se pretendía inspirarle, al fin ha presenciado lo que ella temía; sólo sabe una cosa, una sola cosa: los bienes no existen, se han improvisado grandes fortunas, y los religiosos mendigan.

Y cuenta, que la nación no ha sido engañada; lo que ha sucedido, ella ya lo preveía; porque desgraciadamente bastante la había amaestrado la experiencia de lo pasado para conjeturar sobre el porvenir.

Pero después que la revolución perdiendo sus formas de osadía aterradora se ha mostrado en toda su desnudez, dejando expuestas á la vergüenza pública todas las miserias que en su seno abrigaba; después que la nación escandalizada ha visto la sed de mando, la mezquina codicia y todas las pasiones rastreras que se ocultaban bajo los pomposos nombres de libertad, de igualdad, de regeneración social; después que ha visto el más destemplado orgullo, la más despreciable vanidad, la más asquerosa impudencia, campeando en altas regiones, gloriarse de sus flaquezas y de sus maldades, exigir á los presentes el apoteosis y á la posteridad un renombre inmortal; después que la nación eminentemente juiciosa, sesuda, amante de la verdad y de la virtud, ha visto que de tal suerte se divinizaran á sí mismos la mentira y el crimen; desde en-

tonces el desengaño más cruel se ha apoderado hasta de los más necios; desde entonces han vuelto á renacer más vivos, más fuertes los sentimientos que en su pecho ocultaba la nación; desde entonces no ha podido contener la indignación que ahogaba á duras penas, y recordando con más cariño la augusta religión objeto de tan sacrílegas profanaciones, ha vertido lágrimas de dolor sobre instituciones augustas que derribara una mano impía.

Estos desengaños no serán estériles; estos escarmientos producirán sus resultados. Sucesos hemos visto de inmensa trascendencia, que por cierto la revolución no los preveía; pues bien, otros vendrán con el tiempo que consumarán la obra de salvar á este gran pueblo, que después de diez años de sufrimiento tiene ciertamente indisputable derecho á decir: *basta*.

No nos hacemos ilusiones con exageradas esperanzas, no desconocemos del todo la situación de las cosas, no se nos ocultan los obstáculos que ha de encontrar el bien y los poderosos auxiliares con que cuenta el mal; sabemos que una revolución que ha campeado tan largos años en un país, deja huellas profundas y daños irreparables; pero todavía no hemos podido abandonar la esperanza de que llegará por fin un día de justicia, de que la obra de iniquidad encontrará adversarios que le hagan frente con dignidad, con recta intención, con firmeza, con intrepidez, cual cumple á verdaderos españoles; y cuando esto suceda, triunfará la causa de la razón y de la religión porque hallará universal y decidido apoyo en la inmensa mayoría de los españoles, fatigados de asistir á tan lamentables escenas de escándalo y mentira.

Cuando la religión quede, no diremos triunfante, pero al menos libre de las cadenas que en diferentes sentidos la estrechan y oprimen, cuando estén restablecidas las relaciones con el Padre común de los fieles, cuando las iglesias no hayan de llorar la ausencia de sus pastores, cuando se permita á la fe y á la caridad hacer las obras que les inspire el cielo, entonces renacerán de una ú otra ma-

nera las comunidades religiosas; entonces, ó en las ciudades ó en los desiertos se establecerán reuniones de hombres, que practiquen con vida austera y santa los consejos del Evangelio, y levanten al Señor un corazón ardiente y puro, rogando por la conversión de aquellos que con más furor los persiguieron.— *J. B.*

POLÉMICA RELIGIOSA.

CARTA OCTAVA Á UN ESCÉPTICO EN MATERIAS DE RELIGIÓN.

Mucho me alegro, mi estimado amigo, de que nada tengan que ver con los argumentos que aducir suelen los apologistas de la religión contra los defensores del materialismo y de la ciega casualidad, y no puedo menos de felicitarle por «hallarse ya, como me dice en su apreciada, radicalmente curado de su afición á los libros donde se enseñan las doctrinas de Volney y de La Mettrie.» A decir verdad, no esperaba menos del claro talento y noble corazón de V.; pues no concibo cómo en poseyendo semejantes cualidades sea posible leer por entero obras de esta clase. Yo de mí sabré decirle que las encuentro tan faltas de solidez como abundantes de mala fe; y que lejos de apartarme de la Religión me afirman más y más en ella; los convulsivos esfuerzos del error impotente, dan una idea más grande de la verdad. Sin embargo, me permitirá V. que le advierta del error en que incurre, cuando dispensa tan pomposos elogios á los nuevos espiritualistas alemanes y franceses; pues nada menos les atribuye que el ser los restauradores de las buenas doctrinas devolviendo á la humanidad los títulos de que la despojara la filosofía voltariana. Cada época tiene sus opiniones y expresiones de buen tono: ahora no podría uno pertenecer á la escuela del